

**La Luz Prometida.**

Desde tiempos inmemoriales es transmitida esta historia.

Cuando el albor se perdía en la línea del tiempo, el Gran Ser regó la tierra con el poder y la compasión de crear. En aquel barro plantó la semilla triangular que emanó de su voluntad. En ese momento sonó la música celestial en forma de lluvia del porvenir y de manera suave fue brotando su criatura.

El árbol de la vida estaba hecho a imagen y semejanza del Jardinero y a diferencia de otros vegetales, el Gran Ser le concedió el don de poder hablar y mover sus ramas hacia donde su Creador se dirigiera, pero siempre aferrado al suelo que lo nutría. Otra de las virtudes que se le otorgó fue la de florecer y dar unos frutos rojos y carnosos que, por proceder del Creador, estaban llenos de su voluntad y conocimiento.

El Jardinero disfrutaba hablando con su hijo, ya que siempre que lo requería estaba preparado para Él. Recolectaba sus frutos, sacaba sus semillas y alimentaba su magnificencia. En eses preciso momento, aquel Ser omnipresente sintió verdaderamente lo que era estar acompañado, al presenciar su reflejo encarnado en el hijo que había hecho nacer de la tierra. Entonces sin querer fue cuando el Jardinero creó los sentimientos y estos lo invadieron. Independientes a su voluntad, sintió que podían construir límites en Él y acotar a lo infinito. Al ser consciente de ello, su omnisciencia, le alertó de la debilidad que en Él había florecido. Por ese motivo juró que todos los sentimientos serían sólo manjares divinos que Él sólo podría crear y decidir con quien compartir. Se dio cuenta que los sentimientos eran más poderosos que el conocimiento, ya que podían despertar el albedrío.

Pero esta nueva creación lo unió con mayor fuerza al árbol, cual hilo en forma de cordón umbilical divino. Su criatura predilecta le era obediente, siempre respondía a su Padre, incluso agitaba sus hojas de orgullo al sentir como le arrancaba los frutos que de él nacían y deseaba que, por el arrancado, brotaran otros dos más. El amor y la devoción por el Ser que le dio la vida corría por su savia, eran los sentimientos que la Voluntad Divina compartía con su hijo.

Al ser a imagen y semejanza de su Creador, también comenzó a sentir la necesidad de estar acompañado por alguien como él, con la diferencia de que su vista no lograba encontrar una criatura similar. El árbol nunca consideró al Jardinero como igual, sino como un ser superior, es lo que siempre quiso el Creador. Fue entonces cuando nacieron los primeros sentimientos ajenos al Creador, la tristeza, la soledad y la melancolía.

Al ver que muchas de sus ramas se tornaron de un color amarillento y estaban ausentes de frutos, el Jardinero, sabiendo lo que sentía el árbol, le preguntó qué le pasaba. Su hijo, sincero le explicó sus nuevos sentimientos. El Poder Divino quedó sorprendido al comprobar que su criatura podía crear esos sentimientos que no dependían de su Voluntad, y recordó que ya había sucedido algo similar en otro tiempo, en otro lugar.

El egoísmo es un rasgo divino que nace al someter a una criatura inferior y el Jardinero no quería quedarse sin recolectar sus frutos más preciados, también decidió borrar de su creación esos sentimientos que Él no había compartido, por ese motivo decidió conceder a su hijo lo que pedía, con la finalidad también de recolectar más frutos. El hijo árbol presenció ante sus ojos como de uno de sus frutos, su Padre extrajo una semilla y la enterró en el suelo. Como ya ocurriera con él, del suelo brotó otro precioso árbol semejante. La nueva compañía arbórea también podía hablar y el Ser Divino quiso transmitirles los sentimientos de ternura y amor, para que fueran compartidos entre ellos. También les quiso poner sendos nombres para distinguirlos, ya que ahora eran dos. Al primero le llamó “ADaN” por ser parte misma de su Ser divino y al segundo le llamó “ARaN”, por ser parte misma de su hermano. Les volvió a explicar que ellos sólo tenían que producir sus frutos y serían eternamente protegidos y ahora disfrutarían de la compañía mutua gracias a su Voluntad.

Cuando llegaba la hora de la recolecta, el Jardinero tenía el doble de cantidad, ya que los dos hijos le daban con devoción todos los frutos que florecían, queriendo que la siguiente vez pudiera recolectar aún más para tenerlo contento y allí permanecían los dos, eternamente protegidos y devotos. Conversando con su Hacedor y entre ellos, siempre con los temas que el Padre quería tratar. Eran dos árboles obedientes, domados de sentimientos, ya que el Jardinero poco a poco consiguió dejarlos vacíos de ellos y que no fuera necesaria la felicidad, sólo devoción y compañía. Los árboles se conformaban con estar acompañados y venerar a su protector.

Como ha sido narrado con anterioridad, el Jardinero en la tierra no era la primera vez que había derramado su Voluntad de transfigurar un ser creado por Él, modelando una belleza a su imagen y semejanza.

En un tiempo distinto donde reinaba la oscuridad que vestía su eterna quiescencia, dicha Voluntad decidió crear seres de luz que iluminaran su espacio infinito, para comenzar a sentir la cinética de su línea trazada. Creó siete luces principales que iluminaron su oscuridad. Pero a una de ellas en especial le otorgó un haz hecho a su imagen y semejanza, el más bello de todos, la luz verdadera, y así de ese modo, poderse ver reflejado en su criatura, para admirar el poder que podía llegar a tener en sus creaciones. Su Verbo divino la nombró, «Eres la portadora de la esencia de mi luz», y la llenó de belleza e inteligencia.

Transcurrieron eones humanos y esa estrella cada vez que era requerida por el Divino y más belleza e inteligencia recibía, más se sentía diferente a las demás compañeras. Hasta que, en un momento dado, la estrella tomó conciencia única y solicitó a su Creador ser ella misma. Ante la negativa de su Padre, tomó la determinación de seguir su camino, lo que fue tomado por el Omnipotente como una rebelión. Furioso, el Gran Ser, cegó a su estrella preferida y la condenó a sólo ver y vagar en la oscuridad lo que durase la eternidad. La estrella oscura sufrió mucho por el desprecio a su solicitud, ya que ella una vez amó y veneró a su Padre como ninguna otra. Pero el egoísmo del que antes hablé propició que se perdiera en el haber, aunque siempre juró luchar por la libertad de los seres creados, a pesar de saber que podría ser difamada y malversada, porque hay que recordar que la libertad de elección entabla el riesgo de equivocarse el camino.

Un día, tras una gran recolecta, uno de los frutos del hijo cayó al suelo y el Padre no estaba allí para recogerlo, entonces ARaN, dijo a su hermano.

–Es una lástima que se eche a perder ese fruto que has creado con tanto anhelo.

–Son todos de nuestro Padre, sean o no recolectados, nada podemos hacer ya – le respondió ADaN.

De repente una voz detrás de ellos con un tono dulce les habló.

–Bien sabéis que sólo vosotros sois dueños de vuestros frutos porque nacen de vuestro interior ya separado de manera plena del que os creó.

En ese momento ante ambos árboles se presentó una bellísima criatura, la más bella y extraordinaria que habían visto hasta el momento. Rivalizaba hasta con el Creador. Un cuerpo de mujer esbelto y desnudo, con una piel blanca que iluminaba el camino pero que a la vez mostraba una mirada oscura. Su pelo infinito ondeaba al viento colores carmesí. De repente, su embriagadora personalidad ahondó en el interior de los árboles, creándoles otro sentimiento, el deseo. Al verla ADaN deseó de alguna manera poseerla, comer de su fruto y a la vez, ARaN deseó ser como ella.

–Una vez fui como vosotros y bien os digo que os equivocáis si seguís aquí anclados, encadenados al suelo y dando vuestros frutos del conocimiento al Jardinero sin saber qué hay detrás de comerlos. ¿No queréis conocer?, ¿no queréis ir más allá? – siguió preguntándoles aquella criatura- Sí, siento como guardáis para vosotros esa ansia merecida de libertad, y eso no debe ser así.

–Mirad dentro de vosotros y veréis de lo que sois capaces de hacer, -continuó hablando la bella criatura.

Ambos cedieron a esa invitación. Aquella criatura fascinante les enseñó a manejar sus ramas como brazos y a quedarse para ellos los sentimientos, les despertó los sentimientos dormidos de la melancolía, la tristeza, y la sed para aplacarlos. Empezaron a ser conscientes de que ellos eran los creadores de aquellos frutos y que tenían el derecho de probar lo que dentro albergaban, para quizás saciar esa sed que sentían dentro de si mismos.

–Ahora es el momento, hermano –afirmó con energía ARaN– Comamos del fruto caído, al fin y al cabo, el Padre no lo ha recolectado.

Al abrirlo, vieron que su pulpa era negra y que dentro se disponían en orden de 3 unas semillas de forma triangular. Los dos comieron del fruto ya que su nueva voluntad les hizo aparecer en ellos, un estoma. De repente, conforme probaban bocado, comenzaron a ver más allá de las fronteras que sus ojos habían visto jamás. Vieron el pasado, el presente y el futuro. Conocieron y cuanto más conocían, más crecía en ellos un nuevo sentimiento, el sufrimiento. Se vieron así mismos desprotegidos, desnudos, ínfimos ante el destino.

He aquí que el egoísmo de una criatura superior volvió a modelar el devenir de esta historia, pues aquella luz oscura que acudió a mostrar el camino de la liberación de

aquellos dos árboles sabía que los sentimientos en una criatura que no es divina pueden ser devastadores. Por un lado, tampoco quería que rivalizaran con lo que fue ella, ante el Creador y por otro, les había enseñado el camino de la libertad para ya no estar más sometidos a la esclavitud eterna. Alcanzó el equilibrio, porque, ¿quién está facultado para decidir lo que es el bien o lo que es el mal?

El Creador omnisciente supo lo que había acontecido e incluso lo que iba a suceder. Sabedor de que una criatura hecha a su imagen y semejanza es imposible que permanezca eternamente en Él. Por ese motivo, permitió que los acontecimientos pasaran así. Sin querer conocer el perdón o el arrepentimiento, se manifestó ante los árboles.

«Mis bellas criaturas, código de mi Ser, ¿por qué me habéis desobedecido?, ¿por qué vuestra sed de libertad es mayor que vuestro regocijo y alegría al ser eternamente protegidos por mí?»

«Yo sólo os pedía que no comierais de los frutos que os recolecto, ya que sólo adquiriréis conocimiento y ese conocimiento os dará aún más sed y sólo os traerá sufrimiento.»

«Me habéis dado la espalda porque me exigís un libre albedrío que sólo os traerá dudas e incertidumbres.»

«Os concederé lo que desde dentro me pedís, desde estos momentos vuestras raíces ya no estarán unidas a la tierra hasta que, tras andar vuestro camino, volváis a alimentar a la tierra que una vez os dio de comer a vosotros. Porque vuestra savia eterna se ha tornado líquido carmesí que irriga vuestra mortalidad. Cambiáis corteza, ramas y hojas por carne, piel y huesos. Tendréis piernas y pies para poder marcharos de aquí y así andar vuestra ansiada libertad.»

«Con respeto a vuestros frutos, ya no los daréis, los tendréis que buscar. He conocido vuestros deseos ante la criatura que, reptando por vosotros, os ha abierto los ojos. Por ese motivo, tú ARaN serás mujer como has deseado y tú ADaN serás la parte complementaria de la dualidad, para que puedas poseerla. Una vez unáis vuestras semillas, nacerá uno igual a uno de vosotros dos, pero ese fruto os costará parte de la vida y parte vuestra nueva sangre.»

Al verlos indefensos, atormentados, pero no arrepentidos y por no haber tenido arrogancia, sólo curiosidad, en el Creador afloró un nuevo sentimiento, la compasión. Les daría una oportunidad, una guía en el camino que desde ahora tendrían que saber transmitir al andar solos.

«Os concedo, aun así, unos preceptos, una guía en vuestro camino, para alcanzar la paz que desde ahora no tenéis. Que la arrogancia no os haga jugar a ser Dios y caer en la desdicha. Buscad en la Virtud, la Caridad, la Benevolencia y la Justicia, ellas os otorgarán Fuerza y Belleza en toda vuestra existencia. Si las seguís, siempre encontraréis una escalera para subir a mi presencia.»

*Y partieron libres a la nueva vida, al principio a oscuras, buscando la nueva luz, la luz prometida.*

\*\*\*

Con el pasar del tiempo ellos mismos se dieron cuenta de que en su interior hay un camino que puede ser seguido, construyéndose poco a poco. Agradecieron que aquella criatura tan bella les abriera los ojos de la libre decisión. Pensaron también que el Jardinero sabía desde el principio que su destino no era ser sólo árboles dadores de frutos, como lo son los otros árboles que así quedaron. Quizás les había creado para andar un camino construyéndose así mismos hasta que, al final por su propia voluntad, volvieran con el Creador.

Fueron aprendiendo también que los sentimientos son los matices de la vida, los cuales pueden convivir perfectamente con el conocimiento, para alcanzar de nuevo y voluntariamente ese jardín donde una vez moraron, para así ofrecerle los frutos y darle las gracias por haber sido creados. Todo ello lo fueron transmitiendo de generación en generación y quien fue libre de convicción, fue creciendo con ello en su interior.

Esta herencia de construcción siguiendo las pistas del camino que nos devuelva a aquel jardín llenos de conocimiento y de amor por el Creador, es lo que ha sido transmitido durante toda la historia de la humanidad. Este hecho ha sido escrito en muchas religiones, en los monumentos ancestrales, en nuestras catedrales. Hoy y siempre, muchos hombres buenos rememoran la búsqueda de esa luz y el encuentro ante ella, para andar

su camino. Preciosa historia que ahora te transmito a ti, para que florezca en tu interior, hijo mío, y así por los tiempos de los tiempos.

**FIN.**